

mi carta: por lo que hace á la segunda, bastará observar aquí, que no sólo no creo inútiles las instituciones dirigidas á asegurar el cumplimiento de todos los deberes, sino que aplaudo todas aquellas que se ordenen á ese fin, entre todos los sociales, el más augusto y el más santo. Digo más todavía: y es que de las varias instituciones conocidas en la historia, no condeno ninguna; con tal, empero, que reciban la animación y la vida de la verdad católica.

Si después de estas sencillas explicaciones hay todavía quien crea que condeno lo que no he condenado, y que aplaudo lo que no he aplaudido, yo abandono á ese infeliz á Dios y á su conciencia.

No habiendo sido mi ánimo entrar en ningún género de discusión, sino rectificar brevemente algunos hechos, pondré aquí término á esta carta. No lo haré, sin embargo, sin dar antes las gracias á todos los periódicos que se han dignado ocuparse de la que dirigí á Ud. anteriormente: no excluyo ni á los que me han ultrajado. No vaya Ud. á creer que en este olvido de los ultrajes hay mérito ninguno: no hay más que falta de memoria: ¿qué he de hacer yo si los olvido?

Queda de Ud. su atento S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

## CORRESPONDENCIA

CON EL

## PRINCIPE DE METTERNICH

---

AL SR. DONOSO.

PALACIO DE JOHANNISBERG, Agosto 5, 1851.

SEÑOR MARQUÉS: Aprovecho el viaje de un amigo á París para dar á Ud. gracias por el ejemplar que me ha remitido de su última obra. No extrañe Ud. que me haya retardado algo en cumplir este deber, pues que los escritos de Ud. no son para leídos como quiera, sino para meditados.

En el admirable *Ensayo sobre el Catolicismo, Liberalismo y Socialismo*, todo es severo como el pensamiento de Ud., y luminoso como su inteligencia. Para mí es cuestión de conciencia el asegurarle lectores en Alemania; y por eso se publicará pronto una traducción, que estoy bien cierto ha de producir en estas vastas regiones todo el bien que Ud. se ha propuesto.

No deje Ud., señor Marqués, de juzgarme digno de darme parte en sus tareas consagradas á la defensa de la verdad; contándome siempre en el número de sus admiradores más apasionados, y dando, finalmente, siempre como ahora, á estas seguridades de mi profunda estimación, un precio superior al de una pura forma de cortesía.

METTERNICH.



AL PRÍNCIPE DE METTERNICH.

PARÍS, Agosto 27, 1851.

PRÍNCIPE: Nada puede haber más lisonjero que la aprobación de V. A., y tengo á dicha el que se digne otorgarla al pensamiento que ha inspirado mi *Ensayo*. Esto me prueba que no me he engañado, y ahora confío más y más en no haber trabajado en balde. Un libro tenido por útil en la opinión de V. A., no puede menos de labrar alguna cosa en los ánimos, pues su sabiduría, tan justamente venerada, le asegura desde luego muchos lectores.

Le doy, pues, mil gracias por la suma benevolencia con que se digna manifestarme su opinión, felicitándome de todas veras por tener tan fausto motivo de agregar este testimonio de mi gratitud personal á los afectos de admiración y profundo respeto que siempre ha profesado á V. A.

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SR. DONOSO.

VIENA, Abril 28 de 1852.

SEÑOR MARQUÉS: Acabo de ver en los papeles públicos la carta que con fecha del 15 ha enviado Ud. al director de *El Herald*, y en su vista voy á tomarme la libertad de escribirle estas cuantas líneas, no ya para tributarle un elogio, pues usted no los necesita, ni mucho menos una crítica, sino para hacerle una simple observación, relativa al siguiente pasaje de su mencionada carta:

“Caminando (dice) por tan contrarias vías, no es cosa que debe causar extrañeza si el *catolicismo* y el filosofismo han corrido tan varia fortuna.”

Sin duda en este pasaje expresa Ud. una verdad inconcusa, por lo cual mi observación se refiere únicamente á la palabra *catolicismo*: y voy á decir á Ud. en qué se apoya. Yo tengo una aversión que me parece muy fundada á los *ismos*, cuando los veo aplicados á cualquier sustantivo que expresa una cualidad ó un derecho; porque se me figura que desnaturalizan el mismo objeto que se quiere con ellos significar. No citaré, en prueba de mi aserto, más que los sustantivos *Dios, Razón, Filosofía, Sentimiento, Constitución, Sociedad, Común*, dejando á un lado otros mil que me ocurren. Vea Ud. en lo que vienen á parar y se convierten todos estos sustantivos, en cuanto se les aplica aquella terminación: *Deísmo, Racionalismo, Filosofismo, Sentimentalismo, Constitucionalismo, Socialismo, Comunismo*. ¿No le parece á Ud. que con esta sola transmutación gramatical ha quedado profundamente alterado el sentido de aquellos sustantivos? ¿No considera Ud., como yo, que sólo con la agregación de aquellas dos sílabas, al parecer tan inofensivas, se realiza en las palabras citadas un trastorno eminentemente peligroso por la elasticidad que les presta?



Hasta tal punto me son antipáticos estos *ismos*, y de tal manera temo la latitud que dan á las raíces á que se agregan, que no los puedo pasar ni aun en los sustantivos que parecen menos á propósito para sufrir una grande alteración, como son los de *Rey*, *Monarquía*, *Patria*. En el curso de mi ya dilatada vida he visto partidarios muy sospechosos del *Realismo* y del *Patriotismo*.

Pues bien: lo mismo digo del *Catolicismo*. La Iglesia católica es una potestad estrictamente *definible*, y por lo mismo, plenamente *comprensible*; mientras que el *Catolicismo* comprende cosas y personas *más* católicas, ó católicas *de distinto modo* que lo son la Iglesia y su Jefe visible; así como dentro del *Realismo* suele haber realistas *más* ó *menos* realistas que los Reyes y la Monarquía.

El *ismo* sienta perfectamente al Protestantismo; pero no cuadra á la Iglesia católica, no siendo como no son iguales sus respectivos supuestos: como quiera que el de la Iglesia es el principio de autoridad apoyada en la fe, y el de su adversario no tiene más ni menos valor que el de las cuestiones sometidas al libre examen.

En punto á *ismos*, ¿qué vale, dígame Ud. el *Galicanismo*, ese camino al cisma?

Usted hará de mi observación el uso que le dicte su buen juicio. Si le parece que exagero los peligros á que son ocasionadas las dos sílabas consabidas, dígame Ud. para examinar sus razones con franca imparcialidad, y con ayuda de mi repugnancia hacia el *optimismo*, el *pesimismo* y el *nihilismo*.

Hame movido á dirigir á Ud. esta charla el recuerdo que me trae el día de hoy, en que se cumple cabalmente un año desde que tuve el gusto de conocerle personalmente. ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces acá!

Sin más por hoy, reitero á Ud. el cordial afecto y profunda estimación con que es su sincero amigo y respetuoso servidor,

METTERNICH.

AL PRÍNCIPE DE METTERNICH.

PARÍS, Mayo 18 de 1852.

PRÍNCIPE: Hasta el sábado último no he recibido la carta que V. A. se ha dignado escribirme en 28 del mes pasado: ignoro por qué ha llegado á mis manos con tanto retraso, y el conducto por donde la he recibido.

Admirables me parecen la exactitud y agudeza de las observaciones de V. A. acerca de los *ismos*, y del abuso que de esta terminación se ha hecho, añadiéndola á ciertos sustantivos radicales. Pero en el estado presente de las cosas, no dejaría de haber, en mi opinión, algún inconveniente en rebelarse contra el uso, que es un tirano muy celoso y asombradizo, por más que llegue á hacerse legítimo cuando ha logrado hacerse omnipotente.

Cuando sucede, como hoy, que es necesario hablar para todo el mundo, forzoso es usar el lenguaje de todo el mundo. Todo el mundo entiende por *catolicismo* lo que entiendo yo, es decir, el conjunto de doctrinas enseñadas por la Iglesia Católica: así como, y con igual claridad, el *socialismo* es la ciencia de la sociedad, enseñada por los socialistas; y el *filosofismo* la filosofía enseñada por los partidarios del libre examen. Con el auxilio de estas palabras, que tienen un sentido fijo y universalmente aceptado, creo expresar brevemente ideas que de otro modo exigirían laboriosas explicaciones y largos rodeos. Por ejemplo, si en la discusión digo *filosofía* en lugar de *filosofismo*, tendré que especificar cuál es la filosofía que yo combato; pues también la Iglesia católica tiene una filosofía



propia suya, que yo no combato de modo alguno. Cuando digo, pues, *filosofismo*, nada más necesito decir para manifestar que lo que combato en esta palabra, es la filosofía de los partidarios del *libre examen*. Del propio modo, si hablo de la ciencia social, como quiera que la Iglesia católica tiene también una ciencia social propia suya, claro es que cuando digo *socialismo*, quiero hablar de la falsa ciencia social, enseñada por los *socialistas*.

Indudablemente el *ismo* es una especie de apodo expresivo de la degradación en que la locura y el error del humano entendimiento hacen muchas veces incurrir las mejores cosas. Así el *Deísmo* y el *filosofismo* son malos radical y perpetuamente, por más que la filosofía sea una cosa buena, y Dios sea soberanamente perfecto. El *arrianismo*, el *luteranismo*, el *kantismo* y todos los demás *ismos* cuya raíz es un nombre propio, son por lo general destestables primitiva y naturalmente. Hay un mal *Realismo* y un mal *Patriotismo*. El *Humanitarismo* es tan bárbaro como en el nombre en la cosa que significa.

Siendo todo esto cierto, no lo es menos, sin embargo, que la fuerza misma de la verdad ha preservado al *catolicismo* de dudas y de injurias: aquí el *ismo* no ha sido más que un recurso cómodo de lenguaje, sin el cual se pudiera ciertamente haber pasado, pero que de todos modos, en mi opinión, ningún daño ha hecho. No se da mal *catolicismo*: en el seno de esta luz, todo error, toda tendencia al error reciben inmediatamente su *ismo*, que es como la señal para dar el alerta á la razón y á la fe: esto ha sucedido cuando la aparición respectiva del *cartesianismo*, del *jansenismo*, del *galicanismo*, del *josefismo*, del *rigorismo*, del *molinismo*, del *lamenesianismo*, del *giobertismo*, etc., etc. Sólo el *catolicismo* ha continuado siendo perpetuamente católico.

Esto es, Príncipe, cuanto me ocurre contestar á las observaciones de V. A., cuyo fallo ulterior espero para saber si he pensado con acierto.

Verdaderamente, que han pasado muchas cosas desde que tuve el honor, hasta entonces por mí tan deseado, de ofrecer mis respetos á V. A. Pero si he de decir lo que creo, no me parece que los acontecimientos de que hemos sido testigos, á pesar de su inmensa gravedad, hayan producido un cambio tal que aquel pasado, que tan tremendo se presentaba, no sea todavía el porvenir. Yo desearía con toda mi alma que me fuera posible hablar con V. A. acerca del estado actual de Europa: pero no siendo posible, y menos todavía confiar á una carta tan ardua y prolija cuestión, sola una cosa me tomaré la libertad de decir á V. A.: y es que la cuestión territorial comienza á tomar el puesto de la cuestión revolucionaria: ó por mejor decir, que la cuestión revolucionaria, por una de esas transformaciones que suele inspirarle su genio satánico, se esfuerza por convertirse en cuestión territorial. Con poco que las cosas marchen en este sentido, la revolución volverá á levantar la cabeza delante de nosotros, y resolverá el problema en provecho suyo, apoderándose de todos los territorios. Someto esta indicación á la profunda sabiduría de V. A. Quiera Dios, que se ha dignado conservaros para la Europa, inspiraros consejos capaces de alejar aquel peligro que durante tan largo tiempo ha conjurado V. A. para el reposo y prosperidad de vuestros contemporáneos.

Con el más profundo respeto y sincera admiración, Príncipe, tengo el honor de repetirle el más afecto y respetuoso servidor de V. A.,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

---